

Luis Simarro y el Oficio del Intelectual: “El Jornal de los Sabios” (1879)

Javier Bandrés y Alberto Bandrés

Universidad Complutense (Madrid)

INFORMACIÓN ART.

Recibido: 3 mayo 2018
Aceptado: 14 junio 2018

Palabras clave
Ciencia,
Intelectuales,
Simarro

Key words
Intellectuals,
Science,
Simarro.

RESUMEN

Luis Simarro pronunció en 1879 una conferencia titulada “El jornal de los sabios” en los locales del Ateneo Mercantil de Madrid. El texto fue publicado en dos ocasiones (1879 y 1881). En este trabajo Simarro expuso su visión de las mejores alternativas para conseguir una efectiva institucionalización del trabajo de los intelectuales. Desde su punto de vista, ni las instituciones estatales ni el patrocinio privado pueden ofrecer al investigador condiciones de trabajo que no comprometan su independencia. La única alternativa viable a largo plazo, según Simarro, es realizar una exhaustiva labor de comunicación en la sociedad civil, que genere una conciencia social de la importancia del trabajo científico. En ese punto surgirán iniciativas sociales, como la Institución Libre de Enseñanza, que proporcionarán al intelectual unas condiciones de trabajo adecuadas. El texto se contextualiza en las circunstancias biográficas de Simarro, tras sus experiencias en la Casa de Dementes de Leganés y el Hospital de la Princesa.

Luis Simarro and the Intellectual Job: “The Scholars’ Salary” (1879)

ABSTRACT

Luis Simarro gave a lecture entitled “The Scholars’ Salary” in the premises of the Ateneo Mercantil de Madrid in 1879. The text was published on two occasions (1879 and 1881). In this work Simarro outlined his vision of the best alternatives to get an effective institutionalization of the work of intellectuals. From his point of view, neither State institutions nor private sponsorship can offer the researcher working conditions that do not compromise his or her independence. The only viable alternative in the long run, according to Simarro, is to do a comprehensive job of communication in civil society, that generates a social awareness of the importance of scientific work. At that point, there will be social initiatives, such as the Institución Libre de Enseñanza, which will provide appropriate working conditions to the intellectual. The text is best explained by the biographical circumstances of Simarro, after his experiences at the Casa de Dementes de Leganés and the Hospital de la Princesa.

Luis Simarro Lacabra (1851–1921) es una de las personalidades más relevantes en la historia de la psicología española¹. Psiquiatra, histólogo, primer catedrático de psicología experimental de la

universidad española, actuó también como perito forense en renombrados procesos legales. Activo militante en la lucha por los derechos humanos y la libertad de conciencia, se convirtió en un

¹ Una visión de conjunto de su biografía y obra puede hallarse en Carpintero (2014) y Carpintero, Campos, y Bandrés (2002).

Correspondencia Javier Bandrés: madrono1@psi.ucm.es

ISSN: 2445-0928 DOI: <https://doi.org/10.5093/rhp2018a11>

© 2018 Sociedad Española de Historia de la Psicología (SEHP)

Para citar este artículo/ To cite this article:

Bandrés, J. y Bandrés, A. (2018). Luis Simarro y el Oficio del Intelectual: “El Jornal de los Sabios” (1879). *Revista de Historia de la Psicología*, 39(3), 2-8. Doi: 10.5093/rhp2018a11.

Vínculo al artículo/Link to this article:

DOI: <https://doi.org/10.5093/rhp2018a11>

personaje central de la esfera política y social en la España de finales del XIX y las dos primeras décadas del XX. Legó la mayor parte de sus bienes a la Fundación Simarro de la Universidad Central (hoy Universidad Complutense), uno de los embriones de la psicología científica en España.

Simarro era un entusiasta seguidor del principio institucionista de “estudiar y no escribir”, de modo que se volcó en los trabajos de laboratorio y en sus iniciativas político-sociales, dejando una escasa obra escrita. La descripción, por tanto, de algún nuevo texto no descrito previamente en la bibliografía contribuye significativamente a completar su figura intelectual. Presentamos en este artículo el artículo “El jornal de los sabios”, texto de una conferencia pronunciada por Simarro en el Ateneo Mercantil de Madrid en 1879.

El Ateneo Mercantil de Madrid

El 4 de marzo de 1879, a las 9 de la noche, Luis Simarro dio una conferencia en el Ateneo Mercantil de Madrid con el título “El jornal de los sabios”. La conferencia fue publicitada en la prensa liberal de la época, por ejemplo, el 2 de marzo en *El Globo* (p.2), el 3 de marzo en *El Imparcial* en su “Sección de Noticias” (p.1) y el mismo 4 de marzo en *La Iberia* en su sección “Noticias” (p.2).

El Ateneo Mercantil de Madrid² había comenzado a funcionar en 1867 a iniciativa de los trabajadores del comercio de la capital, liderados por Eduardo de la Riva y Tinajas. Su objetivo era elevar el nivel cultural de los empleados de comercio y fomentar los lazos de solidaridad entre ellos. La Dirección de Instrucción Pública retrasó el reconocimiento formal del Ateneo, que sólo se produjo tras el triunfo de “la Gloriosa”. No es de extrañar, por tanto, que la recién nacida institución recibiera con entusiasmo la revolución de 1868. El 5 de octubre de ese año se reunía la junta de gobierno y aprobaba dirigir una felicitación a la Junta Provisional Revolucionaria:

A nadie incumbe, ninguna corporación debe felicitar a esa junta por la nueva vida que se inaugura en nuestra patria como el Ateneo Mercantil, que mereció ser reprobado por los que, enemigos de la instrucción, se oponían bárbaramente á todo pensamiento que tuviera por fin el generalizarla. El Ateneo Mercantil se hará digno de los beneficios y dones de la libertad, fomentando la instrucción y llevando á su seno el espíritu de fraternidad y asociación que requiere la prosperidad pública y la civilización proclama. (*La Correspondencia de España*, martes 6 de octubre de 1868, p.1)

Entre sus actividades se contaban la edición de la revista “El Ateneo Mercantil”, las clases de materias relativas a comercio, idiomas y cultura general, el mantenimiento de una biblioteca pública y la organización de conferencias a cargo de personalidades invitadas (por su tribuna pasaron entre otros, Rafael María de Labra, Moreno Nieto o Gumersindo de Azcárate). Así mismo, el Ateneo fomentaba las reivindicaciones laborales de sus afiliados. Sirva como ejemplo la reunión mantenida el 13 de agosto de 1872 en su sede, en la que los dependientes de los comercios de tejidos acordaron solicitar a sus

patronos el cese de la apertura dominical de los establecimientos (vid. *La Igualdad*, miércoles 14 de agosto de 1872, p.3).

El Ateneo se adaptó al final del sexenio democrático y al advenimiento de la Restauración. Siguió siendo una institución de orientación progresista y bien conectada con los círculos de la intelectualidad liberal. Un solo dato: tras la expulsión de sus cátedras en 1875 de Azcárate, Salmerón y Giner de los Ríos, varios de estos profesores reanudaron brevemente su actividad docente en una “Academia de Estudios Superiores” instalada en la plaza de la Leña nº14, en locales cedidos por el Ateneo Mercantil³ (vid. *La Correspondencia de España*, lunes 11 de octubre de 1875, p.1; *El Globo*, lunes 1 de noviembre de 1875, p.3; *El Imparcial*, lunes 8 de noviembre de 1875, p.2).

La disertación de Luis Simarro en el Ateneo Mercantil no pasó en absoluto desapercibida. El 6 de marzo *La Correspondencia de España* publicaba una crónica de la conferencia sobre los sabios en la que podemos leer:

Presentó a estos seres superiores como víctimas que, descubriendo las grandes maravillas, suelen verse como Galvani y Galileo en la miseria, como Colón y como tantos hombres inmortales, mientras que las generaciones siguientes explotan aquellos descubrimientos y con ello se enriquecen. Recientemente se ha descubierto que en el sol hay metales preciosos. Quizá, añadía el Sr. Simarro, se explotará con el tiempo esta riqueza, y quizá se morirán de hambre los que lo descubran. En este orden de argumentación, con ingenio agudísimo y gran novedad, el Sr. Simarro cautivó a sus oyentes, que lo aplaudían con entusiasmos. (*La Correspondencia de España*, jueves 6 de marzo de 1879, p.2)

El diario *La Unión*, en su sección “Movimiento Científico” se hacía eco de la conferencia en estos términos:

El Sr. Simarro dio anteanoche una conferencia en el Ateneo Mercantil, encareciendo el estudio de las ciencias naturales para dirigir el conocimiento á las necesidades de la vida, porque antes es vivir que filosofar. La concurrencia aplaudió diferentes veces al señor Simarro. (*La Unión*, jueves 13 de marzo de 1879, p.3)

En la sección “Ecos de Madrid” de la revista *El Liceo. Semanario Hispano-Americano* se dio cuenta asimismo de la conferencia:

La tercera conferencia dada en el Ateneo Mercantil, a la que tuvimos el gusto de asistir, estuvo a cargo del ilustrado orador D. Luis Simarro. El tema escogido por dicho señor, El jornal de los sabios, fue desarrollado con fácil palabra y exuberancia de conceptos y ejemplos, llenos de sal ática, que el público aplaudió repetidas veces. El Sr. Simarro demostró el deber en que se halla la sociedad de volver por los olvidados fueros de la ciencia, arbitrando medios para que los hombres que a su cultivo se dedican no recojan el premio de sus desvelos cuando ya ni aún sus cenizas pudieran ser halladas, como hasta hoy desgraciadamente viene sucediendo. (*El Liceo. Semanario Hispano-Americano*, 16 de marzo de 1879⁴, p.88)

³ Al año siguiente fundaron La Institución Libre de Enseñanza.

⁴ A la semana siguiente aparecería en esta misma revista un trabajo de Luis Simarro sobre el concepto vulgar de la locura. Véase Bandrés y Bandrés, 2018.

² No confundir con el Ateneo Científico y Literario, fundado en 1835.

No todos los comentarios de la conferencia fueron, sin embargo, tan entusiastas. El periódico *El Pabellón Nacional*, adscrito al liberalismo moderado de tinte conservador, publica el 8 de marzo de 1879 la cuarta entrega de una serie de artículos titulados "Sobre el origen y fin de los mundos", firmados por *El Sacristán de Velefique*⁵. Se trata de un ensayo de refutación de dos artículos del astrónomo francés Camille Flammarion sobre el origen y final del universo, publicados en *El Globo*. En el artículo de *El Pabellón Nacional* el autor descalifica en tono sarcástico los supuestos avances de la ciencia y critica ácidamente lo que considera incoherencias de los científicos. Para ilustrar su tesis comenta, entre otros ejemplos, la reciente conferencia de Simarro:

Hace pocos días que el Sr. Simarro en una conferencia dada en el Ateneo de esta Corte, demostraba la presencia de metales preciosos en el sol, y la ciencia contemporánea sigue gritando, esos son los sabios, esos son mis sacerdotes. Todos son sabios, pero la verdad no parece. Si los unos dijeron la verdad, los otros debieron en el asunto ser unos ignorantes. Esto es un hecho. So pena de tener que admitir que la ciencia, en vez de la verdad, tiene por objeto la confusión, la vaguedad y la duda. (*El Pabellón Nacional*, 8 de marzo de 1879, p.2)

El Ateneo Mercantil imprimía en folletos el texto de las conferencias que organizaba y así lo hizo con "El jornal de los sabios" (Simarro, 1879). Sin embargo, dado el carácter de publicación privada de estos folletos y su escasa difusión, el texto de Simarro permaneció inédito en la práctica hasta 1881. En esa fecha, *La América. Crónica Hispano-Americana*, una de las revistas más difundidas e influyentes del liberalismo progresista español, publicó el texto de la conferencia (Simarro, 1881). *La América* era un proyecto editorial impulsado por una de las figuras claves del liberalismo democrático español del XIX: Eduardo Asquerino.

Eduardo Asquerino y el Liberalismo en la España del XIX

Eduardo Asquerino fue el fundador y director hasta su muerte de *La América*. Había nacido en Barcelona en 1824⁶, en plena "década ominosa". Su padre, Antonio Asquerino, era un militar liberal con un largo historial bélico y que solo retornaría definitivamente del exilio con la amnistía decretada en 1834 tras la muerte de Fernando VII. En esa fecha la familia se reúne y se instala definitivamente en Madrid, donde Eduardo realiza sus estudios secundarios. Desde su adolescencia abraza el romanticismo revolucionario, participando ya en las revueltas callejeras que darían lugar a la revolución de 1836. Eduardo pronto comienza a acompañar a su hermano mayor Eusebio (1822–1892), un autor ya respetado, y frecuenta con él las tertulias literarias. Pronto comenzó él mismo una carrera de autor dramático y poeta.

Desde 1843 Eduardo Asquerino, ya autor dramático prolífico y de éxito, colabora en periódicos de ideología liberal y republicana dirigidos por su hermano, como *El Eco de la Revolución*, *El Peninsular* o *La Libertad*. Implicado en la insurrección de 1846 se salva por poco

de la ejecución y decide trasladarse a México, retornando a España en 1853 para colaborar con Espartero en la revolución que desembocará en el "bienio progresista". Sus servicios fueron recompensados con el nombramiento de oficial del Ministerio de la Gobernación. Tras una corta etapa como cónsul en Chile y Venezuela, Asquerino retornó a España dimitiendo de sus cargos al fracasar el proyecto progresista de Espartero.

En 1861 Asquerino contrae matrimonio con Peregrina La-Cave, dama perteneciente a una importante familia de Sanlúcar de Barrameda. El escritor se va a volcar ya en sus empresas periodísticas, *La América*, fundada en 1857, y *El Universal*, órgano de la izquierda liberal republicana, fundado en 1867. Asquerino participó activamente en la revolución del 68 que acabaría con la monarquía isabelina, llegando incluso a combatir físicamente en la batalla de Alcolea. Las nuevas autoridades le nombrarían representante de España en Bruselas y La Haya, donde permanecería hasta presentar su dimisión en 1871. Tras una breve etapa como diplomático destacado en centroeuropa, Asquerino retorna a España y, tras el fracaso de la I República, es elegido senador en 1876 dentro de la minoría radical de extrema izquierda. Falleció en Sanlúcar de Barrameda el 30 de septiembre de 1881⁷.

La América. Crónica Hispano-americana

La revista quincenal *La América: Crónica Hispano-americana* echó a andar el 8 de marzo de 1857. Según López-Ocón (1982) el factor fundamental en la aparición de esta revista fue el fracaso del proyecto del bienio liberal 1854–1856. *La América* sería un órgano de prensa de los sectores liberales y progresistas derrotados, a través de la cual pretendían seguir manteniendo una cierta influencia en la sociedad española e hispanoamericana. *La América* sería uno de los instrumentos del rearme ideológico de los sectores avanzados, que contribuiría años más tarde a impulsar la recuperación de los valores liberales y progresistas durante el llamado "sexenio democrático" (1868–1874)⁸.

El caldo de cultivo socioeconómico en el que surgió *La América* fue el optimismo que la expansión económica de mediados del XIX infundió en la burguesía liberal. Y no sería la única publicación universalista nacida en la segunda mitad del XIX, al calor de ese optimismo resistente al fracaso del bienio liberal. Se podrían citar, entre otras, *El Museo Universal*, fundada también en 1857 por José Gaspar Maritany y antecedente directo de *La Ilustración Española y Americana* fundada en 1869, la *Revista Hispano-Americana*, fundada en Madrid en 1864 por Antonio Angulo Heredia, escritor cubano, líder de un grupo de intelectuales abolicionistas, *El Correo de España*, fundado en 1870 por Rafael María de Labra, republicano liberal que llegará a

⁷ La tradición liberal de la familia Asquerino tendría un trágico colofón medio siglo más tarde. El nieto de D. Eduardo Asquerino, Rafael Asquerino Romo, militante socialista, fue asesinado en diciembre de 1936 en Sanlúcar de Barrameda por los sublevados contra la República. Su hermano Eduardo, miembro de Izquierda Republicana, esquivó la muerte a cambio de una condena de 30 años de prisión, posteriormente reducida. Véase <http://www.todoslosnombres.org/content/personas/rafael-asquerino-romo>

⁸ Para un estudio sobre *La América* véase López-Ocón (1982, 1987).

⁵ Seudónimo del sacerdote Miguel Bolea y Sintas (1836–1908), abogado, escritor y periodista.

⁶ Para la biografía de Eduardo Asquerino véase Sánchez Escobar (2002).

ser profesor de la Institución Libre de Enseñanza, *El Liceo. Semanario Hispano-americano*, fundado por Aniceto de Pagés en 1879 o la *Unión Ibero-Americana*, órgano de la sociedad homónima fundada en 1885 por el economista y parlamentario Mariano Cancio Villamil. Todas ellas nacieron aprovechando la coyuntura económica expansiva, que impulsa el proyecto modernizador de la burguesía ilustrada enfocado hacia América en un intento de recuperar en las antiguas colonias la influencia perdida desde comienzos del XIX.

En sus casi 30 años de historia desfilaron por las páginas de *La América* las personalidades liberales más destacadas de la sociedad, la política y la economía españolas. En el primer número encontramos las firmas de, entre otros, Emilio Castelar, Bretón de los Herreros, Cristino Martos o Amador de los Ríos. A lo largo de los años desfilarán por sus páginas Patricio de la Escosura, Ramón de Campoamor, Nemesio Fernández-Cuesta, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Manuel Fernández y González, Eugenio Hartzenbusch, Francisco Pi y Margall, Gaspar Núñez de Arce, Pedro Antonio de Alarcón, Víctor Balaguer y un larguísimo etc... apareciendo en la última época firmas como las de Clarín, Ventura de la Vega, Joaquín Dicenta, Cánovas del Castillo, Ramón Chies, José Nakens, Francos Rodríguez, Amalio Gimeno, Pedro González de Velasco o Antonio Machado Álvarez.

La América concitó desde su fundación la enemiga de la prensa ultramontana. En el número tres aparece ya una respuesta a los ataques recibidos desde la revista barcelonesa *La España Católica*. En el número cinco podemos leer la carta que, desde su exilio londinense, envía Patricio de la Escosura⁹ en defensa propia y del medio en el que escribe:

Pretende la España Católica que por ser liberales todos o la mayor parte de los redactores de la *La Crónica*, carecerá esta del espíritu tradicional (...). ¡Espíritu tradicional! Primeramente no sería muy difícil de probar que las verdaderas y genuinas tradiciones españolas son infinitamente mucho más liberales que absolutistas; que el absolutismo vino a España con la dinastía austriaca y el *teocratismo* (pase la palabra) con la Inquisición y no antes. (...) ¿Es esa la tradición que quiere *La España Católica* que ensalcen y prosigan los redactores de *La Crónica Hispano-Americana*? (Escosura, 1857, p.14)

El Jornal de los Sabios

El artículo en cuestión es un texto lleno de la ácida ironía que impregnaba siempre las intervenciones públicas de Simarro. Comienza su ensayo el autor haciéndose eco del adagio que aconseja a la persona prudente no asombrarse de nada. En principio creía que el adagio respondía a la multitud de hechos sorprendentes y extraordinarios con los que nos topamos a diario... “nadie debiera maravillarse de que un orador de la oposición cuando llega al ministerio falte á la palabra empeñada; que un amigo se olvide de su amigo.” (p.5), pero tras meditarlo ha llegado a la conclusión de que el adagio responde a otro

motivo: todo con lo que nos topamos en la existencia es en sí mismo tan admirable que, de no contener nuestras emociones, viviríamos en un estado de asombro permanente. Por supuesto que la Naturaleza ha sido siempre motivo de admiración, “hasta un predicador francés se admiraba de que hubiera la Providencia divina hecho pasar los grandes ríos cerca de las grandes ciudades para que los hombres viviesen con comodidad” (*ibid.*), pero Simarro sugiere que los artefactos humanos (un simple cortaplumas) y los fenómenos sociales pueden ser todavía más asombrosos que los de la Naturaleza.

Vistos con detenimiento, Simarro encuentra que los procesos sociales son aún más complejos y asombrosos que hasta el más complicado reloj o artefacto mecánico... “al contemplar la sociedad, se distinguen á primera vista, Papas, emperadores, reyes, duques, generales (...) Esto es la esfera del reloj. Pero no se ven las piezas de acero y cobre que están dentro y le hacen andar...” (*ibid.*). Lo que Simarro se plantea es estudiar la maquinaria social, cuyos principales componentes son, en su opinión, la agricultura, la industria, el comercio, el arte, la moral, la religión y la ciencia. Es este componente, el científico, el que Simarro va a analizar.

Hay dos tipos fundamentales de conocimiento a juicio de nuestro autor. Uno, producido por la acumulación de la experiencia, está destinado a solventar los problemas prácticos de la existencia. Se trata de un conocimiento utilitario. Otro, sin embargo, se adquiere sin intención de aplicación práctica inmediata, por el mero afán de poseerlo. Esta es la ciencia pura.

La diferencia que separa el conocimiento que tiene la gente para vivir y el científico, estriba en que el primero se aplica sin reflexión, y el segundo se estudia por sí mismo y con clara conciencia del fin y de los medios empleados en la investigación. (*ibid.*)

Esto es, la ciencia es método: “las ciencias nos dan los patrones, ideas anticipadas, planes preconcebidos que nos permiten contemplar la obra antes de ejecutarla, y sirven de guía á nuestro trabajo.” (*ibid.*)

Mas la ciencia también es poder, “lo ha dicho Hobbes, el que más sabe puede más” (*ibid.*). Este poder que nos proporciona el saber científico tiene una doble vertiente. Por un lado nos proporciona un concepto general de la existencia y sus objetos, una idea total que nos proporciona los conceptos de sociedad y naturaleza. Por otro lado la ciencia nos proporciona herramientas conceptuales con las que sacar adelante nuestros propósitos. La meteorología, por ejemplo, nos da idea de la vida física del planeta, pero nos ayuda también a anticipar los fenómenos meteorológicos, y Simarro añade sarcástico... “El famoso temporal que causó tantas pérdidas en el Cantábrico hace poco, se anunció desde New-York dos días antes...” (*ibid.*) La ciencia, por tanto, es norma de conducta e instrumento de esa conducta.

En nuestros días, comenta Simarro, la difusión de la cultura y el beneficio de los avances tecnológicos han hecho crecer el aprecio de la ciencia entre el gran público, de modo que la sociedad acepta con naturalidad el hecho de que un cierto número de personas se consagren a las tareas científicas. Pero hay algo que la masa social no ha llegado a entender todavía, y es el hecho de “que para obtener descubrimientos útiles, es preciso pasar mucho tiempo haciendo estudios inútiles” (*ibid.*). Simarro maneja los ejemplos de Galvani, Galileo o Torricelli, y muestra cómo, a partir de sus investigaciones teóricas, se han desarrollado aplicaciones en el ámbito, por ejemplo,

⁹ Patricio de la Escosura y Morrogh (1807–1878). Escritor, militar y político de larga y azarosa trayectoria. Diputado, senador, fue ministro de Gobernación y de Fomento y se exilió en varias ocasiones en Francia e Inglaterra. A su muerte era senador en representación de la Academia Española.

de la navegación, la energía eléctrica o la telegrafía. Está claro, por consiguiente, que "tanto como la fabricación de cosas, interesa á la humanidad la fabricación de ideas" y no debemos olvidar que "gran multitud de obreros se ocupan en este trabajo" (*ibid.*). A su trabajo va a dedicar Simarro el resto del artículo.

Es llamativo el olvido en el que se tiene a estos trabajadores del intelecto, "si todos los días hay reuniones, juntas, meetings para el bienestar de los obreros que trabajan con las manos, nadie se ha ocupado de los obreros de la inteligencia" (*ibid.*). Los obreros de la ciencia necesitan contar con cualidades muy singulares. ¿Cómo se adquieren? Simarro traza un paralelismo satírico entre los malos tratos a que se somete a los patos para la fabricación del pate de foie gras y la crianza del intelectual: "se le mete una porción de libros en la cabeza; el cerebro se hincha, se llena de ideas, y entonces se desarrolla una enfermedad particular, y esta enfermedad se llama la filosofía" (pp. 5-6). A simple vista resulta extraño que haya nadie dispuesto a someterse a tal tratamiento, sin embargo "se observa que muchas gentes parece como que se gozan en ser martirizadas y hay que ceder a la manía que ellos dicen vocación científica" (p.6). En verdad, bromea Simarro, "el pensar es una cosa muy rara" y, aunque los filósofos definan al hombre como animal pensante, lo cierto es que "Yo conozco muchas personas que en su vida han pensado y les va perfectamente sin pensar en pensar" (*ibid.*). Pero lo cierto es que llega un momento en la vida en que

Se llena la cabeza de aspiraciones locas, y en ese tiempo unos se casan, otros se hacen frailes y otros se meten á filósofos. Tal vez se causan su mal, pero es el caso que (..) se pasan toda la vida estudiando. (*ibid.*)

Lo que determina la vocación científica por tanto, según Simarro, es una enseñanza excepcional que recae en un individuo de condiciones singulares.

El intelectual precisa para desarrollar su labor de dos factores: el económico y el social, esto es, el sustento material y el aprecio de la sociedad. El investigador es estimulado por el aprecio de sus conciudadanos, aunque, observa Simarro, hay cosas peores que la indiferencia...

Si la indiferencia es mala para cultivar sabios, la persecución será sin duda mucho peor. Ha habido tiempos, que afortunadamente ya han pasado, en que se perseguía al que pensaba (..) mas fué tal la manía de pensar, que á pesar de la persecución se seguía estudiando (..) Hoy ya, si no los tratan muy bien, por lo menos los tratan con menor dureza y crueldad, y se les sitia por hambre. (*ibid.*)

Estas consideraciones le llevan a Simarro al tema central de su vida pública, la libertad de conciencia y expresión en todos los ámbitos, científicos, políticos y sociales:

Es necesaria una absoluta libertad para que acudan al mercado ideas suficientes con que subvenir á las necesidades de la vida social. Se suele decir: en hora buena que haya libertad, más sea tan sólo para pensar lo bueno. Pero no se determina lo que es lo bueno, y como no es posible definirlo á gusto de todos, es menester dejar á cada cual que exponga su opinión, se añade: pensad sobre cosas de física, de química, de astronomía, pero no discurráis de filosofía. Mas la primera idea sobre la circulación de la sangre está contenida en un libro que trata de

teología; prohibido el libro por hereje, resultó perjudicada la fisiología. Es, pues, necesaria la absoluta libertad en todas las materias y en todas las direcciones del pensamiento... (*ibid.*)

Ahora bien, la libertad, en abstracto, no basta. La sociedad debe mantener decorosamente a los sabios y subvenir a sus necesidades para que puedan ejercer la libertad que se les otorga. Simarro repasa las fórmulas que se han ensayado para afrontar el problema a lo largo de la historia. La primera respuesta fue confiar el oficio de intelectuales a los sacerdotes y religiosos, "no porque fueran los únicos capaces de discurrir, sino porque solo ellos estaban bastante desocupados para entretenerse en filosofías (..) la independencia de su posición les permitía ser cómodamente sabios" (*ibid.*). Esta fórmula es valorada muy negativamente por Simarro:

Este sistema tiene muchísimos inconvenientes, porque como los sacerdotes además de sabios son religiosos, y muchas verdades científicas se hallan en completo desacuerdo con su religión particular, tienen que sacrificar una á otra y siempre pierden la libertad de la ciencia ó la dignidad de la religión. Por otra parte, han nacido de aquí todas las luchas modernas entre la religión y la ciencia. (*ibid.*)

Simarro advierte, con mordacidad, otro inconveniente:

Como las gentes veían que metiéndose á frailes no se trabajaba y se vivía cómodamente, los que querían no trabajar, no para pensar, sino para no trabajar, asaltaban los conventos y de este modo el sistema resultaba muy caro para la sociedad... (*ibid.*)

Se ensayó entonces otra fórmula: la protección de la intelectualidad a cargo de los particulares, singularmente de la aristocracia. Este fue el caso, por ejemplo, de Galileo, Hobbes o Cervantes. Este modelo le suscitaba a Simarro sentimientos ambivalentes:

Este modo de vivir tiene ciertas ventajas, porque asegurada la vida, el sabio puede dedicarse por completo á la fabricación de ideas; pero tiene grandes inconvenientes, y el primero es que hay que sacrificar las ideas propias á las ideas de los protectores (..) Se halla además el inconveniente de que la dignidad profesional se rebaja, y es verdaderamente vergonzoso ver cómo Cervantes, escritor de tanto mérito, alaba á un badulaque. (*ibid.*)

Con la decadencia de la aristocracia pasaron los intelectuales de la órbita de los aristócratas a refugiarse bajo el manto de los reyes. "Entonces se inventaron las Academias y los Premios (..) No había entonces académico que no estuviera protegido por los reyes; y (..) Federico II de Prusia y Catalina de Rusia se disputaban un sabio como una Provincia" (*ibid.*). Una vez más, Simarro advierte pros y contras en el modelo:

Tenía la ventaja de que convenció al mundo de que había gentes que pensaban y hacían en ello un gran favor y servicio á la sociedad; en cambio tenía el inconveniente de someter á los pensadores á una vida que les fue desfavorable. (*ibid.*)

A la par que el entramado académico, se fue desarrollando en el XIX el sistema de financiación estatal de la vida intelectual. La vida académica se ha convertido progresivamente en una función social del Estado.

Simarro advierte graves inconvenientes en este modelo:

se producen muchas desventajas: es la primera que ha habido que inventar un sistema para proveer las cátedras,

y como todos los sistemas ideados para medir el talento se hallan expuestos al error, no hay medida exacta, y quedan fuera de las cátedras muchas gentes que realmente las merecen. (*ibid.*)

Además, así como los sabios protegidos por los monarcas y aristócratas respetaban los puntos de vista de sus señores,

los sabios protegidos por el Estado se ven obligados á supeditarse á las doctrinas reinantes en el Gobierno: es decir, á una verdad oficial, como si dijéramos, la verdad de la *Gaceta*, que se toma precisamente como tipo de la mentira. (*ibid.*)

Una vez más, el precio de la protección es la pérdida de la independencia y libertad de juicio. Reconoce Simarro que también se ha propuesto que el Estado ejerza tan sólo una función auxiliar, esto es, que sostenga a los académicos sin inmiscuirse en su labor o en las doctrinas que sostengan. El problema aquí es que tal independencia es respetada por ciertos sectores políticos pero no por otros. De este modo el profesor y su trabajo están expuestos a los vaivenes de la vida política¹⁰.

Una cuestión crítica en todos los medios expuestos de retribución del intelectual es que son medios indirectos, esto es, en ningún caso tienen relación o proporcionalidad directa con el trabajo intelectual del sabio. Se le paga siempre al sabio por ser a la vez otra cosa que le permita dedicarse al trabajo intelectual. Alguien podría proponer que el sabio viviera de la venta directa de los escritos derivados de sus investigaciones, pero lo cierto es que el precio de estos textos “se establece por la relación entre la oferta y la demanda. Y como el número de compradores es siempre limitado, la ganancia del autor es generalmente muy exigua”, además “Hay libros que no los pueden entender en España más de 30 personas, y es evidente que sus autores no podrían vivir del producto de tales obras” (*ibid.*). De este modo, paradójicamente, la demanda “crece precisamente en razón inversa del mérito propio de los trabajos intelectuales” (p.7). El problema fundamental en realidad, según Simarro, no va a ser reunir los medios económicos con los que mantener a los intelectuales, sino seleccionar a los que se los merecen. Esa labor no puede dejarse en manos del Gobierno “porque entonces considerará como sabios á todos los primos de los ministros, y esto generalmente no suele ser verdad.” (*ibid.*).

La respuesta no puede venir sino de la propia sociedad. En primer lugar, es necesario

convencer antes á las gentes, y extender cada día más la convicción de que la ciencia es una cosa muy interesante, que sirve para mucho y es muy útil, y que es preciso que los que á ella se dedican coman y vivan, y que la sociedad está en la obligación de mirar y procurar por ellos. (*ibid.*)

Cuando haya calado este convencimiento surgirá de la conciencia social la iniciativa de mantener a los científicos y pensadores. Esto no es una entelequia, “en Francia, Inglaterra, Alemania, Estados-Unidos, Rusia, en todos los países civilizados, pero no en España, hay unas sociedades que tienen por objeto fomentar el adelanto de las ciencias” (*ibid.*). La aportación de los socios a la financiación de las actividades científicas

sustituye con ventaja la protección de los Gobiernos, porque las sociedades podrán equivocarse, pero no tienen las pasiones mezquinas que los individuos que gobiernan. De este modo se educan y forman los sabios, y se propaga el convencimiento de que la ciencia es una cosa necesaria y útil para la vida. (*ibid.*)

Incluso en España ha surgido una iniciativa esperanzadora:

unos particulares se han reunido y han establecido la *Institución libre de enseñanza*; y si todas las personas cultas y poderosas de España se van convenciendo de su importancia y de las grandes ventajas que reporta, es de esperar un gran porvenir para la ciencia patria. (*ibid.*)

La clave y el pre-requisito es el cambio en la conciencia social, esto es, convencer al cuerpo social de la necesidad de mantener y promocionar a científicos e intelectuales. Simarro va a cerrar su trabajo sugiriendo una interesante y original iniciativa en su tiempo para alcanzar este objetivo: “interesar á la mujer en estos problemas, lanzar el espíritu femenino á la corriente de las nuevas ideas, y comunicarle el entusiasmo por la ciencia y la civilización” (*ibid.*). La clave es la mujer:

Si las mujeres quisieran hacer por la ciencia lo que han realizado en favor de la religión, podríamos considerar resuelto nuestro problema. Bien pueden hacerlo y, sin duda, lo harán, porque si la religión presta encanto á esta vida terrena, nos consuela en la desgracia, y nos abre los horizontes de la eternidad, la ciencia constituye la sólida base de nuestro bienestar en el mundo, nos da instrumentos y armas contra los males que nos rodean, y también elevando nuestro espíritu á la serena contemplación del universo, nos anticipa las beatíficas visiones de una vida superior. (*ibid.*)

Simarro y la Institucionalización del Saber

El texto de Simarro es importante para entender el estado de ánimo y las perspectivas de futuro, en el nivel personal y en el social, que nuestro autor manejaba en 1879.

En el plano personal Simarro ya había constatado el fracaso de su experiencia como Jefe Facultativo de la Casa de Dementes de Leganés¹¹ que regentaba desde 1877 y, insatisfecho también por su experiencia como médico en el Hospital de la Princesa, planeaba ya su estancia de estudios en París. Las primeras instituciones oficiales en Madrid con las que había tomado contacto profesional le habían reportado experiencias frustrantes. A esto hay que añadir que el clima académico oficial universitario de la época no podía ser más oscuro para él. En 1875 sus más que probables referentes intelectuales, los catedráticos progresistas Azcárate, Giner, Salmerón, habían sido expulsados de la Universidad por el decreto Orovio y otros, como Castelar, Figuerola, Montero Ríos o Moret, la habían abandonado en solidaridad con los sancionados.

Todo lo contrario le había ocurrido a Simarro al integrarse en la principal institución cultural privada de Madrid, el Ateneo Científico,

¹⁰ Simarro tenía muy presentes los devastadores efectos en la intelectualidad progresista del “decreto Orovio” de 1875.

¹¹ Sobre la etapa de Simarro en Leganés puede consultarse Moro y Villasante (2001).

Literario y Artístico. El joven médico valenciano había alcanzado rápidamente prestigio y popularidad en los círculos intelectuales por sus intervenciones en los debates sobre el positivismo y el evolucionismo, desarrollados en el Ateneo entre 1875 y 1876¹². Y no solo esto, el joven ateneísta Luis Simarro había sido elegido como secretario en la junta directiva de la sección de Ciencias Morales y Políticas del Ateneo, presidida, nada menos, que por Gumersindo de Azcárate y Manuel de la Revilla.

Otro tanto podemos decir de su rápida y exitosa integración en la que se convertiría en institución cultural de referencia para el progresismo español del XIX: la Institución Libre de Enseñanza¹³. Simarro se incorporó en el curso de apertura de la ILE, 1876-77, como profesor de Física en los estudios generales de segunda enseñanza. Al curso siguiente sigue figurando como profesor de la asignatura, con clase diaria de cuatro y media a cinco y media de la tarde. Ese año figura también como profesor de Física Experimental en los estudios preparatorios para las facultades de Medicina y Farmacia¹⁴.

Simarro no fue un simple profesor en la ILE. Donó buretas y tubos graduados para la puesta en marcha del laboratorio. Realizó investigaciones en el laboratorio de Física sobre la combustión. Se constituyó en embajador extraoficial de la ILE durante su estancia en París. Dejó su biblioteca en depósito en la ILE durante su estancia parisina. Fue accionista y hasta consejero privado en materias de salud mental. Por si no bastara lo antedicho, el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* acogió en sus páginas algunas de sus primeras publicaciones.

Nada tiene pues de extraño que, cuando Simarro se plantee la cuestión de la institucionalización del trabajo intelectual, rehuya la alternativa de la tutela estatal de la ciencia y se oriente hacia el papel de las instituciones privadas surgidas en el seno de la sociedad civil. Simarro desconfía de la manipulación que las instituciones estatales y los patronos privados puedan ejercer siempre sobre el trabajo del intelectual. La solución a largo plazo está en la sociedad. Una larga y paciente labor de persuasión podrá crear finalmente una conciencia social de la importancia de la ciencia, tanto pura como aplicada. Y de esta conciencia surgirán las iniciativas, como la ILE, que puedan garantizar el trabajo de los intelectuales en condiciones de independencia y dignidad.

Simarro no abandonaría nunca esta idea. Buena prueba de ello es que muchos años más tarde sería uno de los promotores de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias, fundada en 1908. La AEPC surgiría como una iniciativa personal de Simarro, en su calidad de presidente de la Sociedad Española de Historia Natural, y de Ignacio Bolívar, decano de la facultad de Ciencias de la Universidad Central. La primera reunión de los promotores se celebró en el Ateneo Científico el domingo 2 de febrero de 1908¹⁵. Los estatutos fueron redactados por Simarro y su amigo el profesor Carracido y la primera reunión de la flamante AEPC se realizó en Zaragoza entre el 18 y el

25 de octubre de 1908. Contó con secciones de Ciencias Matemáticas, Ciencias Físico-Químicas, Ciencias Naturales, Ciencias Sociales, Ciencias Filosóficas, Ciencias Médicas y Ciencias aplicadas.

Simarro, ya catedrático y personalidad relevante de la sociedad española, nunca se olvidó de los sabios que necesitaban un jornal.

Referencias

- Bandrés, J., y Bandrés, A. (2018). "La opinión vulgar sobre la locura" (1879): Un texto del Doctor Simarro ["The vulgar opinion on madness (1879): a text by Dr Simarro"]. *Revista de Historia de la Psicología*, 39(2), 2-6.
- Carpintero, H. (2014). *Luis Simarro. De la psicología científica al compromiso ético* [Luis Simarro. From scientific psychology to ethical commitment]. Valencia, España: Universitat de València.
- Carpintero, H., Campos, J. J., y Bandrés, J. (Eds.). (2002). *Luis Simarro y la psicología científica en España* [Luis Simarro and scientific psychology in Spain]. Madrid, España: Universidad Complutense de Madrid.
- Escosura, P. de la (1857). Contestación del Sr. Escosura a la España católica [A reply of Mr. Escosura to La España Católica]. *La América. Crónica Hispano-Americana*, Año I, (n. 5), 14.
- Jiménez-Landi, A. (1996) *La institución libre de enseñanza y su ambiente* [The institution libre de enseñanza and its environment]. (Tomo II). Madrid, España: Editorial Complutense, S.A.
- López-Ocón, L. (1982) "La América. Crónica Hispano-americana": Génesis y significación de una empresa americanista del liberalismo democrático español ["La América. Crónica Hispano-americana": Genesis and significance of an Americanist enterprise of the Spanish democratic liberalism] *Quinto Centenario*, 2(4), 137-174.
- López-Ocón, L. (1987) *Biografía de "La América": Una crónica hispano-americana del liberalismo democrático español* [Biography of "La América": An Hispanic-American chronicle of the Spanish democratic liberalism] (1857-1886). Madrid, España: CSIC.
- Mateos, A. I., Travieso, D., Sánchez, R., y Blanco, F. (1997). El Ateneo de Madrid, una caja de resonancia para el debate sobre las relaciones entre ideología y discurso psicológico [The Ateneo of Madrid: A sounding board for the debate on the relationships between ideology and psychological discourse]. En F. Blanco (Ed.), *Historia de la psicología española desde una perspectiva socio-institucional* [History of the Spanish psychology from a socio-institutional perspective] (pp. 69-96). Madrid, España: Biblioteca Nueva.
- Moro, A., y Villasante, O. (2001). La etapa de Luis Simarro en el manicomio de Leganés [Luis Simarro's Stage at the Leganés Mental Hospital]. *Frenia*, 1, 97-120.
- Núñez, D. (1975). *La mentalidad positivista en España: desarrollo y crisis* [The positivist mentality in Spain: Development and crisis]. Madrid, España: Túcar.
- Sánchez Escobar, F. (2002). *Vida y obra de Eduardo Asquerino (1824-1881), un escritor comprometido con su tiempo* [Life and work of Eduardo Asquerino (1824-1881), an author committed to his time]. Sevilla, España: Universidad de Sevilla.
- Simarro, L. (1879). *Conferencias impartidas por Don Luis Simarro celebradas en el Ateneo Mercantil de Madrid en el curso de 1878 a 1879. Tercera conferencia, El jornal de los sabios. 4 de marzo de 1879* [Lectures by Mr. Luis Simarro delivered at the Ateneo Mercantil of Madrid in the 1878-1879 course. Third lecture, The scholars' salary. March 4th, 1879]. Madrid, España: Ateneo Mercantil de Madrid.
- Simarro, L. (1881). El jornal de los sabios [The scholars'salary]. *La América. Crónica Hispano-Americana*, Año XXII, 15, 5-7.

¹² Sobre la repercusión de estos debates puede consultarse Núñez (1975), Mateos, Travieso, Sánchez, y Blanco (1997).

¹³ Para la relación de Simarro y la ILE véase Carpintero (2014), Jiménez-Landi (1996).

¹⁴ Véase la programación docente de estos cursos en Jiménez-Landi, 1996, pp.121-126. Los dos cursos de Simarro aparecen programados en el mismo horario. Ignoramos si se trata de un error.